

CONCURSO DE ESPANHOL

1º Lugar

Siete vidas

Autora:

Larissa Cardoso Ferreira

Colégio Sesi Internacional Foz do Iguaçu

¿Estás lista, Rosé? — Escuché a mi madre preguntar mientras terminaba de arreglarme. — Sí, mamá, ya estoy. Ahora mismo bajo. — Sonreí a través de mi reflejo en el espejo y la miré fijamente. Mamá me miró con preocupación y ternura, manteniendo los brazos cruzados mientras me analizaba por completo. Entendía por qué me prestaba tanta atención, a veces incluso me gustaba, pero en ese momento concreto, lo único que quería era estar sola. Sólo él y yo. Era el 2 de noviembre, el Día de los Muertos, y todo México lo celebraba, menos yo. La corona sobre mi pelo rubio era pesada, me mareaba un poco, mientras que la cara me picaba por todo ese maquillaje esquelético, lleno de piedrecitas pegadas que imitaban flores. Hace unos meses, me hubiera encantado toda esta situación, pero lo único que me queda estos días, es el sabor de las lágrimas saladas que se han vuelto recurrentes en mi vida diaria. — Te ves tan hermosa, mi amor. — dijo mi padre, que me esperaba al pie de la escalera. Le sonreí a él y al resto de mi familia, repartiendo sonrisas que seguramente parecían reales a los que no estaban prestando atención. Me abrazaron todas mis tías y tíos, me consolaron todos los primos que aparecieron ante mí y, por último, besé suavemente la frente de mis abuelos. — Tuvieron mucha suerte de tenerla, Juan. — dijo mi tía Alma mientras abrazaba a su propio marido y se enfrentaba a mi padre, con una dulce sonrisa que sólo ella podría dar. — Ciertamente, ella es mi tesoro máspreciado. — dijo mientras me acariciaba el pelo. Mamá nos miraba con un amor desbordante en sus ojos. Hace unos años, mi madre dejó Corea y vino a México, donde conoció a mi padre, un mexicano típico con una hermosa sonrisa que la conquistó con serenatas de amor y flores recogidas en la calle. Así nací yo, un mexicano con los rasgos orientales de mi madre y la sonrisa

bonita de mi padre. La atención de todos fue robada por la alarma del teléfono móvil de mi primo mayor, alertando a todos de que era hora de dirigirse al cementerio y a los salones del altar. Como si supiera la ansiedad que llevaba dentro de mi pecho, mamá me cogió fuertemente de la mano y susurró como un secreto "te queremos". El paseo hasta el cementerio no duró mucho, todos estaban emocionados por la fecha y contentos con las cosas que llevaban para llenar nuestro altar familiar. Mis manos estaban vacías, pero mi cabeza estaba llena de los más diversos pensamientos. Estaba atento a cada persona que pasaba a mi lado, a cada alma que sentía en el camino entre las tumbas y a cada maquillaje que se llevaba. Había pétalos de flores por todo el suelo, velas encendidas por todas partes, así como el delicioso aroma de diferentes comidas en el lugar; había mucha gente, tanta que algunos ni siquiera podía reconocer sus caras. Sobre todo, estaban todos alegres, felices y sonrientes, lo que me hizo sentir culpable. ¿No debería ser tan feliz como ellos? ¿No debería alegrarme la visita de las almas de los que ya no están? Entonces, ¿por qué lo único que sentía era echarle de menos? Estaba tan perdido en mis pensamientos que tardé en oír una voz femenina que me llamaba desde algún lugar lejano. Pero luego escuché y me sorprendí cuando noté que la dueña de la voz aterciopelada, Micaela, corría hacia mí con una delicada sonrisa en el rostro. Mi corazón perdió sus latidos y mis manos empezaron a temblar y a sudar frío. Desde el día en que mi amor se fue nunca me atreví a enfrentarme a su familia ni a nada que me recordara a él, así que evitaba el Día de los Muertos. Tenía miedo de sentir ese dolor una vez más. — Estás muy guapa, Rosé. — sonrió. A la gente le gustaba sonreír y yo lo admiraba. — Te digo lo mismo, Micaela. — Le devolví el cumplido, pero pronto reemprendí la marcha, evitando a toda costa un largo diálogo con ella. Me di cuenta de que mis padres nos miraban fijamente, sobre todo mi madre, que parecía empujarme con la mirada en dirección a la dueña del pelo castaño. — ¡Rosé, espera! — insistió la chica, agarrando mi muñeca mientras yo respiraba profundamente para mantener la calma y evitar que las insistentes lágrimas corrieran por mi cara. Micaela me miró con sorpresa al notar las lágrimas acumuladas en mis ojos, pero insistió en sonreír con ternura al comprender la situación. — Mi familia y yo queremos invitarte al altar de Ángel. — dijo y me costó un momento entenderlo. — Sabemos de tu amor y estamos seguros de que a él le encantaría tenerte allí. — sonrió. Siempre sonrío. Ángel

Salvatierra fue el hombre que me mostró todos los puntos cardinales, fue el hombre que incluso bajo la luz de las estrellas, me mostró que lo único capaz de brillar durante una noche de invierno, era su sonrisa angelical y sus ojos atípicamente azules. El verdadero amor que sentí fue cuando lo amé, cuando lo tuve en mis brazos y pude decirle toda la intensidad de mi amor. Mientras tanto, Ángel se fue sin dejarme despedirme. Salvatierra se marchó en un trágico accidente de incendio en la fábrica donde trabajaba, dejándome sola con la ardiente añoranza de mi gran amor. — Está bien. Voy a ir. — Me tocó sonreír. No podía enfrentarme a mis padres, y mucho menos a los ojos azules de Micaela, así que insistí en mantener la cabeza baja mientras caminaba pateando el dobladillo de mi vestido negro. El aire parecía escurrirse entre mis dedos cuando me acerqué al resto de la familia Salvatierra y, al contrario de lo que pensaba, todos me recibieron con los brazos abiertos. — Me alegro de que estés aquí. — La matriarca de la familia se pronunció mientras me abrazaba con fuerza, lo que me hizo devolver el abrazo con la misma intensidad. Me giré en dirección a la sala del altar, recibiendo una mirada de confirmación por parte de la señora Salvatierra, y luego entré sola en la sala, ya que a Micaela se le impidió entrar a mi lado. Aunque había velas por todas partes, hacía un frío cruel dentro de aquella sala, que contrastaba con la belleza y el agradable calor que emanaba del altar. Mi corazón se estrujó al ver la foto enmarcada encima del altar; era la primera vez que veía la cara de Ángel desde el accidente y apenas podía describir la sensación de dolor que sentía dentro de mi pecho. Mis piernas flaquearon y todas las lágrimas que había ido acumulando en mi interior, comenzaron a correr por mis mejillas pálidas por el maquillaje. Mis rodillas cedieron, haciéndome ir contra el suelo helado, dejándome de rodillas frente a la foto del único hombre que he amado. El silencio resonaba por todas partes, me sentía estúpidamente sola dentro de esa habitación, odiando lo débil que estaba siendo sólo por mirar su foto. La soledad se estaba apoderando de mí, hasta el momento en que sentí que mi cuerpo era rodeado por los brazos que una vez me hicieron suyo. Él estaba allí. — Estoy aquí, mi dulce Rosé. No hay nada que temer. — Apenas podría creerlo. Un fuerte sollozo me cortó la garganta y aunque no podría creerlo, lo apreté aún más contra mí, pudiendo sentir su pecho contra mi espalda y su aliento en mi cuello. — Abre los ojos, mi amor. — Al menos lo supe en el momento en que los cerré, pero los abrí en el mismo instante en que

me lo pidió, y fue entonces cuando me di cuenta de que aquello era real. Que era real. — T-tú, no, no puede ser. — Me volví hacia él, sintiendo cómo la adrenalina recorría mi cuerpo y bombardeaba mi corazón con todos los sentimientos que había mantenido prisioneros. Ángel me agarró la cara con sus largos y gélidos dedos, se permitió sonreír como siempre lo hacía conmigo y se aseguró de besar cada parte de mi rostro mientras me aferraba a la tela de su camisa. — Estoy aquí, Rosé. — Realmente lo era. Su piel estaba fría, pálida, pero por un momento no dejó de calentarme en aquella noche solitaria. Sus ojos seguían conteniendo el mismo intenso brillo azulado que iluminaba mis días, su pelo seguía siendo ondulado y con sus mechones dorados más claros que los demás; sus labios seguían siendo rojizos y seguían contorneando la sonrisa más hermosa que jamás había visto. Su perfume adornaba todo el aire que aspiraban mis pulmones, pero su olor seguía recordándome la añoranza, seguía haciéndome echarlo de menos, aunque estuviera frente a mí, envolviéndome en otro de sus típicos abrazos cariñosos. Admiraba cada parte de su rostro, cada detalle ya memorizado por mi mente, pero que necesitaba recordar, tocar una vez más. — Eres tan hermosa así, mi amor. — Su voz era tan tranquila y aterciopelada que podría sentir el amor entre sus vibraciones. Mi cabeza se inclinó en dirección a su mano que acariciaba mi mejilla, haciéndome cerrar los ojos por unos segundos esperando poder sentir ese momento aún más intensamente, sin embargo, nada se compara con mantenerlos abiertos y encontrar las antenas azules del iris en cada detalle mío. Era posible sentir nuestra reciprocidad en cada acto. Nuestras miradas huyeron a diferentes enfoques y pronto nuestros labios se unieron en un beso regado de amor y anhelo. El tiempo parecía haberse detenido a nuestro alrededor, el mundo parecía haberse apagado, era como si sólo estuviéramos nosotros dos, sólo nosotros dos en aquel suelo helado frente al altar. Nuestro beso terminó con muchos más besos y un fuerte abrazo, donde nuestros corazones latían sincronizados y bombeaban amor en nuestros cuerpos. — ¿Cómo has acabado aquí? ¿Qué haces aquí? Ángel, esto es imposible... — Su dedo índice se posó en mis labios, haciéndome callar. — Siete vidas, Rosé. — Su sonrisa complementó su promesa de amor, haciéndome alcanzar el cielo con sus dulces palabras. Esa promesa se había hecho en nuestra primera noche de amor, cuando nos tumbamos bajo las estrellas y nos contamos nuestros secretos más

profundos. Sin embargo, aquella noche no estábamos solos, pues había un gato callejero de pelo gris que dormía plácidamente a nuestro lado, lo que atrajo la atención de Ángel y le hizo prometer que me amaría durante las siete vidas inmortales de un felino. Ángel se levantó y me tendió la mano, que rápidamente tomé, haciéndome quedar frente a él. Su brazo me rodeó la cintura mientras el otro sostenía mi mano derecha, guiándome silenciosamente en una torpe danza de lágrimas y sonrisas secretamente robadas. — ¿Qué estamos haciendo? — pregunté sin poder contener mi sonrisa mientras le escuchaba cantar una de las miles de canciones románticas que se sabía de memoria. — Bueno, ¿no lo ves? ¡Estamos bailando! — sonrió, asegurándome de que aún lo amaba más que a nada en el mundo. En ese momento, Ángel me hizo girar alrededor de la habitación iluminada precariamente por la luz de las velas, haciéndome sentir como si estuviera dentro de un típico cuento de hadas con final feliz. Algunos pétalos de las flores de mi pelo decoraban el suelo, ya que se habían caído durante los giros más rápidos que me hizo dar. — Rosé, necesito que me prometas que seguirás siendo feliz sin mí. — Estaba dispuesto a interrumpirle, pero él prosiguió más rápido. — Necesito que me prometas que seguirás adelante, que serás feliz aunque sea con otra persona, que cumplirás todos tus sueños, que por fin dejarás que el mundo conozca tu voz, que sepa quién eres. Suspiró y secó las lágrimas que caían por mi cara, dejando escapar una risa al notar su dedo manchado de maquillaje negro. — Siempre estaré aquí, Rosé. Siempre seré tu ángel eterno, siempre te estaré amando. — Sonrió con amor desbordante mientras observaba cada una de sus acciones. La luz de la luna que entraba por la ventana decoraba su rostro de una de las maneras más hermosas que había visto nunca, como si fuera una obra de arte. Salvatierra comenzó a desaparecer entre mis brazos, haciendo que me aferrara aún más a él en medio de la desesperación de no tenerlo más allí. — No, no, no, no... — Las lágrimas ya fluían abundantemente, mientras mi corazón se rompió una vez más. Mi amor me abrazó con fuerza y me besó por última vez bajo la luz de la luna y de las velas del altar. Imaginé que esta sería nuestra última vez juntos y aunque me iba, Ángel sonreía en mi dirección a cada momento y me acariciaba como una muñeca de porcelana. — Te querré siempre, Rosé. Siete vidas, ¿recuerdas? — dijo y apretó nuestras frentes durante sus últimos segundos. — Te querré mucho más que siete vidas, Ángel. ¡Lo prometo! Ángel se iba. Como

las flores tras el fin de la primavera, como las aguas salvajes de un río, como las lágrimas saladas de un corazón roto. Ángel Salvatierra se fue con mi promesa de tenerlo en mi corazón para siempre. Esa misma noche, las velas frente a su foto se apagaron, dejándome sola con la fría brisa de otoño y la añoranza del único amor que he sentido en toda mi vida. Permanecí arrodillada en medio de mis propias lágrimas durante mucho tiempo, olvidando todo hasta el momento en que mis familiares vinieron a recogerme con el corazón abierto a mi dolor. Ángel tenía innumerables ganas de vivir y a mí me tocaba seguir viviendo por él.

Personajes no originales: Rosé, miembro del grupo surcoreano Blackpink. Todos los demás personajes de esta historia son originales.